

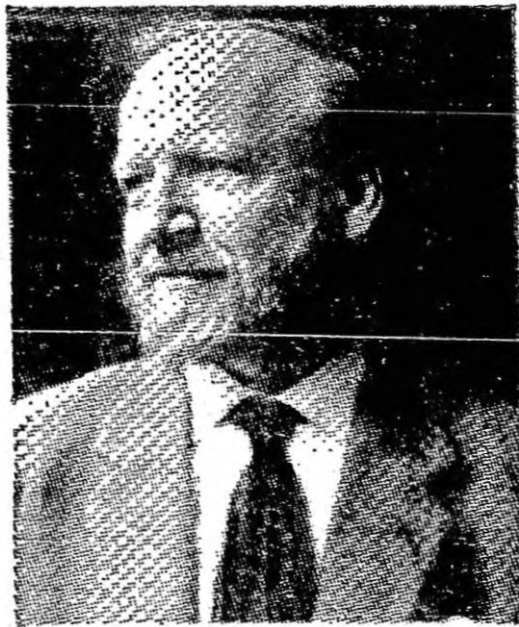
CRITICA DE LIBROS

EL HOMBRE ES UN NAUFRAGO

• WILLIAM GOLDING: NOVELAS. Madrid, Aguilar, 1969, 1002 pp. Contiene: "Señor de las moscas", "Los herederos", "Martín el atormentado" y "Caída libre".

• WILLIAM GOLDING: LA PIRÁMIDE. Barcelona, Lumen, 1970, 259 pp.

• WILLIAM GOLDING: PINCHER MARTIN. Santiago, Zig-Zag, 1969, 234 pp.



WILLIAM GOLDING

SOY por naturaleza un optimista", declaró William Golding en *The Hot Gates*, su único libro de ensayos y reflexiones, "pero una lógica defectuosa —o una lógica que a veces la deseo, desesperadamente, defectuosa— hace un pesimista de mí". Las seis novelas escritas desde 1954, es decir *Señor de las moscas* (54), *Los herederos* (55), *Pincher Martin* (56), *Caída libre* (59), *La construcción de la torre* (*The Spire*), (64), y *La pirámide* (67), calzan perfectamente en ese aserto, y se explican a sí mismas como rigurosos, lúcidos pero también desesperados intentos de captar las causas de la "caída" del hombre. Sin apartarse mayormente de los cánones tradicionales de la forma, Golding ha llevado sin embargo sus construcciones literarias, sus sombrías alegorías, hacia la metafísica. Él es, como Beckett, aunque de signo opuesto, un destructor de la falsa esperanza, del mito edificado, del conformismo de la literatura, del engaño de la palabra. Y en esa dirección metafísica es que ha encontrado a la vez, en raro equilibrio, los hallazgos más fascinantes y las mayores limitaciones de su aventura.

El hombre es un naufrago, para Golding. Así lo establece, con la mayor pulcritud, en *Martín el atormentado*, una novela que en doscientas cincuenta páginas narra solamente los escasos segundos de agonía de un marino naufrago, el ilusorio encuentro de un penasco, la violencia de los instintos por sobrevivir, y ráfagas mentales de su vida transcurrida. Esos pocos segundos simbolizan, escuetamente, la existencia entera: la vida es un momento de agonía en la infinita eternidad, y el ser humano apenas un juguete de las fuerzas físicas, que a veces ingenuamente ha creído dominar. Si la alegoría de *Pincher Martin* es válida, incluso como introducción a su entera narrativa, la obra en sí no ha alcanzado su plenitud. Pese a la vívida escriptura, se alarga hasta la insipidez, y recuerda forzadamente, como contraste, la magistral concentración de un cuento de estructura semejante y desenlace igual: *Un suceso en el puente sobre el río Owl*, de Ambrose Bierce, quien no tenía sin embargo mayores ambiciones filosóficas.

Pincher Martin permite de todos modos advertir cómo la mayoría de los personajes de Golding sufren su condición de naufragos existenciales: textualmente naufragos son los niños de *Señor de las moscas*, que sobreviven en una isla, durante una conflagración atómica y reinician la civilización, de purándose hacia el salvajismo (la novela es una réplica implícita al buen salvaje de Rousseau, a la idea de la bondad natural); como lo son también esos seres primitivos, prehistóricos, ancestros del ser humano, que habitan y

protagonizan *Los herederos* durante el tiempo de su etapa crepuscular. O el Sammy Mountjoy, que impulsa su *Caída libre* al ritmo de la pregunta: "¿Cómo perdí mi libertad?", es decir, cómo perdió las amarras con la vida.

Golding, durante muchos años maestro, puede acaso definirse esquemáticamente como un moralista, y sus novelas, al tiempo que perforaciones en la realidad, como cartillas didácticas que se presentan calculadamente al lector. No le atrae a Golding mostrar al ser humano —a sus personajes— en las conductas más mezquinas o repulsivas, como ha tendido a hacer todo un sector de la literatura moderna. Por el contrario, el conjunto de sus libros parece responder a una mostración lenta y segura, que ha ido ajustando sus mecanismos, probándolos, en el deseo de ilustrar reiteradamente una sola imagen sin progresos, sin opciones de salida. El futuro, la guerra atómica de *Señor de las moscas*, la prehistoria en *Los herederos*, el medioevo en *The Spire*, el presente en *Caída libre* y *La pirámide*, así como hasta ese "tiempo de nadie", ahistórico, de *Pincher Martin*, son calados sucesivos en una realidad que estaba allí desde antes y que el novelista ahora ha ido enriqueciendo con las visiones múltiples, con los asaltos desde puntos diversos.

Se comprende así que no todos esos asaltos tengan la misma suerte. Precisamente la empresa de Golding, por tender ambiciosamente a los grandes temas —y en particular al de la maldad congénita y sus variadas máscaras atenuadoras— pierde a veces pie en la generalidad, olvidando que sus personajes —y los seres que quieren representar— son antes que nada individuos, y solamente a través de ellos puede accederse a ese plano universal. Así *Martín* se despoja de sus rasgos personales para ser un símbolo, o los personajes de *Los herederos* están tomados en los niveles del instinto y por lo tanto, en un factor igualador. Si bien nunca Golding se permite la retórica o la reflexión explícita, sus novelas tienden a malograrse por esa atención simbólica que deja demasiado palpable la alegoría.

Sin embargo *La pirámide*, su libro más reciente, se ha hecho más carnal y cercano, más pleno como narrativa, tanto o casi como su obra maestra, que es *Señor de las moscas*. *La pirámide* alude (o parece aludir), desde su título, a la estratificación social de la vida inglesa moderna (1940-1960), y efectivamente el aspecto social irrumpe una de las primeras veces en su literatura, enriqueciendo así la perspectiva, dándole una mayor realidad y hondura. De todos modos la empresa continúa siendo majestuosa. En tres historias ligadas por el mismo personaje —Oliver— en sucesivas etapas de su vida, Golding establece un cuadro desolador de la persona humana. No necesitaba, decíamos, hundir el bisturí hasta los límites de la degradación para sacar a luz los horrores: el simple desarrollo de pequeños sucesos cotidianos provoca por sí solo la impresión total, desamparada, que ha querido el autor. Pocas veces como aquí un narrador ha mostrado con mayor claridad que la literatura es visión; que un mismo objeto, múltiple aunque sea singular, admite las visiones más contradictorias, y que la plenitud artística estriba en la fuerza de verosimilitud que está dando a su visión. Pues la "novela rosa" del primer capítulo —el despertar sexual adolescente— revela una estridencia alguna la "natural" be-

havioral de la conducta intersexual. O en el segundo, las frustraciones ocultas, de oscura raíz social, de los adultos. O finalmente en el tercero, al fin del periplo, puede revelar al mismo adolescente del comienzo como el burgués rutinario, indiferente, que el tiempo lo obligó a ser.

El naufragio es más logrado y convincente en esta última novela por la misma razón que la historia entera ha sido narrada creando un personaje singular, definible, semejante a todos nosotros. La admirable calidad de su escriptura —un cuidado que comparte con Gide o con Camus, con igual fortuna—, un transido humor, y el atractivo de una trama llena de situaciones, han vuelto a colocar a Golding en un primer rango entre los novelistas ingleses. Y es finalmente esa fuerza de convicción que trasmite la novela, la que hace desear al lector —desesperadamente o no— que la lógica friamente desarrollada a lo largo del relato sea defectuosa. Que el novelista esté en un error.

JORGE RUFFINELLI

EL HUMOR CORROSIVO

• H. A. MURENA: EPITALÁMICA. Buenos Aires, Sudamericana, 1969, 248 pp.

EL hombre —según Murena dejara constancia en *Homo Atomicus*— está separado de Dios, debido a lo cual vive en inevitable alienación y desamparo. El cristianismo rebajó esa ruptura ontológica a una mera escisión alma-cuerpo, y el Mal quedó así localizado en la carne, no quedando otra vía de salvación que el "espíritu". Murena —emulando cuatro siglos después a Rabelais— sigue creyendo en el Mal, pero cree también en su regenerabilidad y por lo tanto en la validez ontológica del cuerpo. A Dios todo le sirve, pues por algo creó lo que creó.

La tarea del filósofo —decía entonces Murena— es socavar los vínculos falsos entre la sociedad y el individuo, para establecer de ese modo la posibilidad del cumplimiento personal y de una comunicación cabal. Si la razón no alcanza, pues entonces debe recurrir a algo así como "El sueño de la razón". Y ese es el título, extraído de un capricho de Goya, que preside el ciclo inaugurado con esta despanpanante novela que es *Epitalámica*, parodia pantagruélica de la humanidad y de sus escandalosas frustraciones.

Adopta para ello como tema central el noviazgo y casamiento de dos estrafalarios personajes, Barro y Pedrada, circunstancia que da lugar a una serie inagotable de situaciones de una comicidad exultante —aunque patética en el fondo— a base de aberraciones y disparates prodigados con una fantasía torrencial y una invención verbal que apela a los recursos más inesperados, desde el estúpido automatismo de la ecolalia y el terminacho supercruído para la barra, hasta la alusión refinada para los peritos en doblesentidos exquisitos. Consuma así, con asombrosa coherencia, una desopilante alegoría de la incomunicación. Podrían evocarse muchos precursores: Quevedo, Bosco, Swift, Munchausen, Sade, Lautréamont, como asimismo Cortázar y García Márquez en punto a exageraciones desorbitadas y absurdos quid pro quo. Pero es de Rabelais que hereda la rozagante invencibilidad de sus recursos, así como la robusta truculencia del tema, de ese Rabelais que proclamara que "reír es lo propio del hombre", pero que no dejaba de exhortar al mismo tiempo a "romper el hueso y sorber la sustancia medular". Murena le mata el punto, pues ni siquiera incurre en el didacticismo neoevangélico con que Rabelais creía necesario coonestar sus exorbitancias. Más que reír con ganas, Murena ríe aquí con rabia, con el frenesí enloquecido de una nostalgia que trae un impulso como para arrasar con todo. Si recurre a las bufonadas más extravagantes, lo hace en efecto, tal como lo expresara Rabelais, a fin de "revelar altos sacramentos y misterios horribles". Su risa ya no es en sí una cualidad meramente humana, sino, como la definiera Schopenhauer, privilegio divino. Con lo que el saldo, bien mirado, es pavoroso, pues no podemos dejar de advertir que al final de cuentas es de nosotros, seres separados de la divinidad, de quienes nos estamos riendo ante una farsa que más que nada es una acusación.

WASHINGTON LOCKHART

Fondo de Cultura Económica

RECIBIMOS
GRAN CANTIDAD
DE TITULOS

entre los que destacamos:

COLE

Historia del pensamiento socialista - 7 tomos

LEWIS

Antropología de la pobreza

BRAUDEL

El Mediterráneo en la época de Felipe II

NEILL

Summerhill. Un punto de vista radical sobre la educación de los niños

CODICE BORGIA

(Edición facsimilar con desplegable)

MUSCHG

Historia trágica de la literatura

BARAN

La economía política del crecimiento

FURTADO

Dialéctica del desarrollo

SWEETZ

Teoría del desarrollo capitalista

LANGE

Economía política

DUVERGER

Los partidos políticos

CHINOY

La sociedad

JAEGER

Paideia

BACHELARD

El aire y los sueños

FROMM

Ética y psicoanálisis

LINTON

Cultura y personalidad

FROMM

Marx y su concepto del hombre

FUENTES

La muerte de Artemio Cruz

gómez del
valle/libros

Colonia 1743 — Tel. 40-45-26

Nelly Sachs

A la edad de setenta y nueve años falleció en Estocolmo la escritora Nelly Sachs, mayormente conocida desde hace cuatro años, cuando recibiera el premio Nobel de Literatura compartido con Samuel Josef Agnon. Nacida en 1891 en Alemania, Nelly Sachs comenzó a escribir teniendo como experiencia la comparada suerte de los judíos bajo el nazismo. En 1940 se radicó definitivamente en Suecia, donde ahora acaba de morir.